

FRANCISCO ROMERO UN MOMENTO SIGNIFICATIVO DE SU VIDA

JUAN CARLOS TORCHIA ESTRADA¹

Porque el tiempo es aquello en que la vida del hombre consiste, lo que caracteriza a la muerte humana no es dejar de existir, rasgo común a todos los seres vivientes, sino el no poder seguir acompañando el flujo inextinguible del tiempo. El hombre es el único ser para el cual morir es quedarse atrás, detenido en una de las estaciones que el tiempo recorre. Porque viajamos en el tiempo, nuestros muertos son de hecho una lejanía. Quedan a nuestra espalda, en algún punto, adheridos a las cosas tal como era entonces. Solo nosotros por el recuerdo podemos llenar la distancia que los separa del presente, y esa es su única manera de revivir. Tal vez por eso el verso de Borges habla de “el oro sepulcral de la memoria”.

Cuando decimos que una obra sobrevive al autor, estamos dando por supuesto que alguien le recuerda. También la obra queda en el punto distante en que el autor abandonó la ruta del tiempo que no se

¹ Investigador y escritor argentino, residió en los Estados Unidos desde 1957. Discípulo de Francisco Romero en la cátedra de Filosofía “Alejandro Korn” del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, se dedicó a la historia del pensamiento filosófico en América Latina. Entre su amplia producción se destacan las obras *La filosofía del siglo XX* (Bs.As.: Atlántida, 1955); *La filosofía en la Argentina* (Washington: Unión Panamericana, 1961); *Alejandro Korn: profesión y vocación* (México: UNAM, 1986); *Filosofía y colonización en Hispanoamérica* (México: Instituto de Investigaciones Filosóficas y Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe [UNAM], 2009).

<https://www.anle.us/noticias/mundo-anle/fallecimiento-de-juan-carlos-torchia-estrada/>

detiene. En ese paisaje de corta hora, es apenas una potencia. La actualiza el estudio, la renovada comprensión, el volver a ella y traerla a nuestro presente.

A quince años del fallecimiento de Francisco Romero (cumplidos el 9 de octubre de 1977) esa obligación de la memoria se hace más imperativa y se mezcla con el afecto del homenaje. Con ese espíritu, aunque apenas sirviendo de vehículo o portavoz, queremos recordar un momento significativo de su vida y difundir dos documentos cuyo valor no reside sólo en su condición testimonial, sino también en la jerarquía intelectual de sus autores: Manuel Mujica Láinez y Roberto F. Giusti.

La anécdota se refiere a la forma en que le fue entregado a Romero, en 1952, el Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. El rasgo más saliente de ella es el hecho que las circunstancias políticas del momento –apogeo del primer peronismo– impidieron que la entrega del premio se hiciera en un acto público en la Casa del Escritor, como normalmente hubiera correspondido. Como el hecho lo narró en su hora Mujica Láinez, es mejor reproducir su testimonio que recontar nosotros la historia con menor autoridad. Así lo haremos en líneas más adelante.

El año de 1952 constituye un momento importante en la vida de Romero. Ante todo es el año en que apareció *Teoría del hombre*, su obra principal. *Teoría del hombre* significó mucho para Romero y con razón. El único libro propiamente dicho en cuanto a su estructura que hasta entonces había publicado era *Lógica*, la cual, pese a su valor, era un texto para estudiantes. Los otros libros habían sido reunión de artículos previamente publicados. Con el enorme prestigio que Romero tenía en toda Hispanoamérica, con sus ideas más personales para entonces adelantadas en forma de programa (especialmente en *Papeles para una filosofía*), y habiendo ya pasado los 60 años, era natural que quisiera identificar su nombre con una obra central, diríamos “sistemática”, donde lo principal de su pensamiento quedara recogido y, además, expuesto con el tono de una obra madura y acabada.

La correspondencia de Romero en esa época muestra claramente que ése era su sentimiento.

Puso, pues, mucha esperanza en *Teoría del hombre* y la aparición de este libro fue de gran significación para él. Vendría luego el amplio y elogioso reconocimiento que la obra tuvo en el mundo filosófico latinoamericano, de parte de nombres como José Gaos, Aníbal

Sánchez Reulet, José Ferrater Mora, Guillermo Francovich, A. Rodríguez Huéscar, Víctor Massuh, etcétera.

Durante 1951 dictó Romero en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires un curso de un año de duración sobre Antropología Filosófica, en el cual utilizó los materiales de *Teoría del hombre* en el contexto de un panorama general de la disciplina.

Romero concentraba entonces su actividad académica en el Colegio Libre (dictaba a la vez un curso extenso sobre Filosofía Moderna), pero la política del momento también se hizo sentir por ese lado: por falta de permiso policial, el Colegio debió cerrar sus puertas a comienzos de 1952. A Romero no le quedó otra cátedra que la de su casa en Martínez.

Un poco antes había obtenido el Premio Vaccaro y la *Revista Cubana de Filosofía* le había dedicado un número especial, en el cual se destaca un notable artículo de José Ferrater Mora, que Romero agradece, no sin cierta emoción, en carta a dicho autor, del 14 de agosto de 1952.

En esas circunstancias, que combinan el marginamiento político-institucional con el punto cambiante de producción filosófica, se le concede el Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Era entonces presidente de la SADE Jorge Luis Borges. El jurado compuesto por quienes anteriormente habían recibido el premio, daba a éste el relieve de sus nombres: Victoria Ocampo, Ricardo Rojas, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea y Arturo Capdevila.

La “ceremonia” de entrega, en la propia casa de Romero el 26 de septiembre de 1952, fue narrada así por Mujica Láinez, en carta a Jorge Viñals Blake, de 29 de septiembre de 1952:

Dear Mr. Blake: Me fue absolutamente imposible ir a La Plata –como hubiera deseado– para la inauguración de la muestra de Miguel Ocampo, a quien tanto admiro. Espero que Miguelo le haya transmitido mis palabras. Y lo siento no sólo por el joven pintor admirable sino también –y especialmente– por usted, a quien no veo hace tanto tiempo.

Creo que le interesará el relato de la medalla de oro de la SADE. Me importa también escribírselo para que quede algún testimonio de la ceremonia singular, muy emocionante, de la cual muy pocos participamos. Como usted sabe, la entrega del Premio de Honor no se pudo realizar en la casona de México pues la policía prohíbe todos nuestros actos. Ante una circunstancia así, de fuerza mayor, resolvimos llevar la medalla a Francis-

co Romero a su casa en Martínez, el viernes pasado (26 de septiembre). Allí fuimos, pues, el petiso José Luis Lanuza, secretario de la SADE, Julio Rinaldini, vocal de su comisión directiva, y yo, su indigno vicepresidente. En la estación de Martínez nos aguardaba Roberto Giusti, que vive en ese pueblo. Y pare usted de contar. Borges estaba en Montevideo, y los demás preocupados. Caminamos por las calles todavía soleadas –eran más o menos las siete de la tarde– y llegamos a una casita bastante poética, perdida entre los árboles de la calle Eduardo Costa. Victoria Ocampo, que integró el jurado otorgador de la medalla, nos había precedido. Nos ubicamos con Romero y su señora en unos sillones, formando círculo, y después de una conversación breve le recordé al filósofo las razones por las cuales debíamos presentarle su medalla en su residencia. Agregué que habíamos designado a Giusti para decir unas palabras. Este las leyó (y eso me gustó). Expresó sucintamente lo que la obra del pensamiento de Romero representaba dentro de la evolución de nuestra cultura, tanto que lo hacía acreedor a la más alta recompensa establecida por la Sociedad Argentina de Escritores (la más alta asimismo, sin duda, por su jerarquía espiritual de nuestro país). Cuando terminó de hablar saqué la medalla que tenía en el bolsillo en un estuche y se la entregué al filósofo. Romero dijo a su vez brevemente, lo que para él significaba el hecho de que nosotros le lleváramos la medalla a su casa en lugar de ser él quien fuera a buscarla a la Casa del Escritor (y yo recordé entonces en un relámpago, la magnífica ceremonia durante la cual entregamos, en 1951, el mismo premio a Victoria Ocampo: la fiesta durante la cual lo conocí a usted). Añadió que el acto del cual participábamos era un signo de los tiempos. Aludió al pasar, a las catacumbas. Estábamos todos muy conmovidos. Los hijos de Romero (dos chicas, un chico) asistían a la curiosa escena. No lo olvidarán. Brillaban los ojos de Victoria Ocampo. Tampoco olvidaremos nosotros la escena extraña que define con una triste alegoría nuestro momento actual. Abrazamos a Francisco Romero, bebimos una copa y nos fuimos. Y eso fue todo. ¿No valía la pena que por lo menos uno lo narrara para después?

Lo abrazo, querido amigo.

Las palabras que don Roberto F. Giusti leyó en esa ocasión fueron las siguientes:

Con la venia jerárquica de nuestro Vicepresidente Manuel Mujica Láinez (por ausencia del presidente, hoy en Montevideo) voy a decirle, amigo Romero, unas cuantas palabras rituales, que he escrito para que sean, ni más ni menos, las necesarias en la ocasión. Un jurado ilustre, ello puede decirse sin énfasis, le ha otorgado a usted por unanimidad el Premio de Honor de la SADE. Lo representan aquí dos de sus componentes, Victoria Ocampo y Eduardo Mallea. Martínez Estrada por enfermedad, Capdevila

y Borges por estar ausentes de Buenos Aires, no han podido acompañarnos. Los miembros de la C.D. de la SADE, aquí presentes, no somos más que los instrumentos de esa voluntad esclarecida. Pero, por cierto, dichosos de cumplir la misión de hacerle a usted entrega material de la áurea medalla. Dichosos, porque el Gran Premio de Honor de la SADE sigue manteniéndose en la línea de nuestra orografía espiritual, es la de las altas cumbres. Desde estas, mirando la ciénaga en que se intenta ahogar la voz de la SADE, respiramos a plenos pulmones. Este acto que siempre fue celebrado ante auditorios numerosos y cordiales, en nuestra sala de conferencias, resulta hoy un signo de la época, al verse confinado en las paredes de un hogar. Pero todos los aquí presentes recordaremos con orgullo este día. Su hogar, espejo de la vida, ennoblecido por el cariño de los suyos, engrandece este sencillo momento. Somos demasiado amigos y desde largo tiempo, para que usted deba temer de mis efusiones retóricas. Muy bien conocemos los presentes su vida y su obra de pensador y escritor. Tuvimos los dos en Alejandro Korn un maestro y amigo, de mente elevada y conciencia activa. Nadie más que íntegramente usted ha continuado su limpia tradición de probidad intelectual en el libro y en la docencia, la de la cátedra y la incomparable del trato directo entre el maestro y el discípulo. Usted ha puesto la filosofía al servicio del hombre y de la cultura: de su propia conducta la hecho un deber intelectual y ético. Usted lleva la filosofía tanto en la cabeza como en el corazón. La filosofía nunca ha sido para usted una prestidigitación de conceptos abstrusos expresados con palabras oscuras, sin real tangencia con la vida, sino una de las formas del conocimiento que nos abre picadas en la selva oscura. La historia nutre su pensamiento y a ella se lo devuelve usted como un método de acción. Y si es lúcido su pensamiento, no lo es menos su expresión. Recordaré que no empezó usted publicando meditaciones filosóficas, mas ensayos literarios y versos de honda significación y formas nobles. La cultura especializada adquirida con estudio metódico y continuamente enriquecida a través de varios decenios, no ha maleado su ingénito sentido de la expresión precisa y elegante. He ahí por qué los escritores ven en usted a un compañero eminente y cómo por ser tal, premian el valor de su obra, prestigiosa en toda América, y la dignidad de su vida.

Debemos agradecer el sentido histórico de Manuel Mujica Láinez –sentido histórico, por lo demás, bien demostrado en su propia obra literaria– que lo haya llevado a grabar el hecho, “para después”. Los detalles de lo narrado por él nos han sido confirmados por una carta de Romero a Enrique Anderson Imbert, escrita al día siguiente de la ocasión que comentamos. El pasaje pertinente reza así:

Ayer se hizo la ceremonia de la entrega del premio en mi casa: de un lado la comisión de la SADE, miembros de la C.D. y del jurado; del otro mi familia y yo. Pese a todo, por voluntad expresa de ellos, muy puesta en razón, se quiso mantener el aspecto ritual o ceremonial, y Giusti leyó un pequeño discurso. Todos estábamos conmovidos; había algo que recordaba –como lo dije al agradecer– las Catacumbas y la primitiva francmasonería.

Esto es todo lo que consignar esta vez, en términos de homenaje a la incuestionable gloria americana de Francisco Romero, para después del después.



*Histórico testimonio gráfico de la Fundación de la Revista Sur.
En la imagen, de izquierda a derecha y de arriba abajo: Francisco Romero,
Eduardo Bullrich, Guillermo de Torre, Pedro Henríquez Ureña, Eduardo Mallea,
Norah Borges, Victoria Ocampo, Enrique Bullrich, Jorge Luis Borges, Oliverio
Girondo, Ramón Gómez de la Serna, Ernest Ansermet, María C. Padilla,
María Rosa Oliver. © Fundación Revista Sur*